

813
M.

PA 2625

.E 53

F 548

v. 3

Prohibida toda traducción y reproducción.

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

TERCERA PARTE

I

En campaña.

El barón de Saint-Aubin había vuelto sumamente disgustado de su excursión al territorio de Clichy.

Aquella estancia, ante el repugnante garito del Cántaro Roto, había dejado en su alma una especie de disgusto y de irritación contra él mismo.

Pero no quería retroceder.

Lanzado en un mal camino, estaba condenado, como el judío errante, á obedecer á la voz imperiosa que le decía al oído:

—¡Anda! ¡Anda!

Su imaginación, tan clara en las concepciones atrevidas, arrastrada por la perspectiva de los millones de aquella criatura perdida, tan fácil de seducir—así lo suponía él y nadie en su caso hubiera dudado de esto,—fraguaba poco á poco un plan, del que se hubiera espantado un espíritu timorato.

Pero era preciso apoderarse primero del corazón de aquella joven, de tal modo, que el éxito de la empresa no fuere dudoso.

De otro modo, ¿para qué lanzarse en los azares siempre peligrosos de una aventura tan oscura?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA "ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

¿Para qué afrontarlos?

Al día siguiente de aquella excursión nocturna, á cosa de las diez, se puso un elegante traje de mañana, y al mirarse al espejo, como la noche anterior, no experimentó ya la misma impresión.

Se sonrió.

Se encontraba bien, tranquilo, rejuvenecido, con aire de vencedor.

—Me sorprendería mucho que se me resistiera—pensó.

Y casi en seguida se acordó de los Caylus.

¿Por qué desde el primer momento en que le había ocurrido la idea de aquella conquista, había temido un peligro por esta parte?

—Están en Niza—se dijo,—pero no tardarán en reaparecer. No hay tiempo que perder.

Al que temía, sobre todo, era al joven.

—El pequeño está locamente enamorado de esa joven—se decía.

No se engañaba.

Se había asegurado por sí mismo en la visita que había hecho á Aubignac.

Hubiera sido preciso ser ciego para no comprender la extensión de la vivacidad de aquella pasión.

Jorge de Caylus se ponía pálido unas veces colorado otras, cuando oía pronunciar el nombre de Aurora.

Estos síntomas debían aclarar al barón más que las confesiones.

Pero en esto no había sin duda más que un capricho, puesto que la adorada de aquel tímido y joven millonario se veía reducida á trabajar como una mercenaria y vegetaba en una estrechez vecina de la miseria.

Fuera de esto lo que quisiera, era preciso apoderarse de aquella admirable presa, antes de que fuese seriamente disputada.

Admirable bajo todos los puntos de vista.

Pero lo que ansiaba el barón más que nada era su dinero.

Se sentó y escribió al correr de la pluma durante media hora, y mientras escribía dejaba errar sobre sus labios la más irónica sonrisa inspirada sin duda por la satisfacción que le producían las frases que estampaba.

—¡Mentiras!—murmuró plegando la carta—pero mentiras que ella no puede sospechar, cebo del que la más inteligente de las muchachas se deja coger como un pájaro con liga.

Lacró el sobre, le puso su sello de armas y dijo:

—Si no restauro completamente los blasones de mis antepasados, en verdad no tendré suerte. Añadió irreverentemente:

—Y cuando el bueno de mi padre me pregunte de donde me viene el dinero, podré contestarle. Será muy difícil si no se muestra satisfecho.

Llamó.

—¡Mi coche!—ordenó.

¿Sale el señor barón?—preguntó Piriac.

—Sí.

—No vendrá á almorzar el señor barón?

—No.

—¿Tiene que hacer el señor barón?

—Sí.

—¿Asuntos graves?

—Sí y no.

—¡Diablo!—exclamó Piriac—el señor barón no está comunicativo esta mañana.

—Es que sois demasiado curioso, señor Piriac. Id.

Saint-Aubin acompañó esta orden con un gesto que indicaba la puerta.

El bretón salió y volvió casi en seguida.

—Me olvidaba de dar al señor barón una contestación—dijo.

—¿A propósito de qué?

—A propósito de la cartita que entregué á Angela.

—¿Qué Angela?

—Angela Ricard, la doncella de nuestra hermosa vecina...

—¿La señora Chagny?

—Sin duda, la señora Chagny. ¿Ha olvidado el señor barón la carta que me dió para ella?

—¡Ah, diablo!—exclamó Saint-Aubin contrariado.—La habia olvidado, en efecto.

Piriac se pellizcó los labios.

—¡Diantre! El señor barón tiene graves preocupaciones, según parece. Sin embargo, la vecina es bastante... bastante...

—Y bien, ¿esa contestación?—preguntó el barón bruscamente.

—Es que la señora no ha contestado.

—¡Te chanceas!

—¡Dispensad! No ha contestado... Solo que...

—¡Concluye! ¡Tengo prisa!

—Solo que Angela me ha dicho que la señora sonrió al leer vuestra carta; que su señora estará sola mañana; que el señor Chagny ha salido para Londres, donde debe estarse dos ó tres días, y que la tía de la señora está en su propiedad del Calvados...

—Está bien... está bien—exclamó Saint-Aubin con tono brusco.

Miró el reloj.

—Las once y media—pensó.—Es demasiado tarde; almorzaré en el casino.

El cupé estaba dispuesto, y el caballo piafababa de impaciencia.

Saint-Aubin cogió los guantes y el sombrero y se puso un gabán de entretiem po ayudado por Piriac, que le preguntó:

—¿Qué diré si vienen á preguntar por el señor barón?

—Lo que quieras. ¡Déjame en paz!

Salió.

Un minuto después el cupé se dirigía hacia los Campos Elíseos, y á las doce menos diez minutos se paraba á la puerta de Voisin.

El barón entró en el restaurant y pidió un almuerzo sencillo: huevos revueltos, chuletas y pollo en fiambre.

Estuvo allí una media hora, hablando mientras almorzaba con un antiguo prefecto, compañero de círculo, alegre, risueño y como si nada le preocupara.

A las doce y media, que acabó de almorzar, ofreció un cigarro á su compañero de mesa, tomó una copa de exquisito cognac, se levantó y salió.

—Boulevard San Germán, esquina á la calle de Bac—ordenó al cochero.

—Está bien, señor.

A la una menos cuarto se apeó del coche enfrente del kiosko de Aurora, al otro lado de la calle, y despidió al cochero, pero no tan pronto que la joven no hubiese podido verle dar sus órdenes.

Quiso presentarse ante ella con todo su boato.

Aurora le vió, en efecto, y se puso colorada.

Le esperaba y comprendió que no iba más que por ella.

El barón se acercó con paso tranquilo, á fin de examinarla á su gusto antes de hablarla.

Aurora había perdido sus colores tan frescos.

A su alrededor no había ningun comprador.

Era la hora del descanso.

La joven parecía sumergida en reflexiones que no tenían nada de alegres.

Aurora acogió al barón con estas palabras, pronunciadas con voz dulce, como el día de su primera visita:

—¿Un periódico?

El barón sacudió la cabeza.

—No—dijo.—¡No seais chiquilla! Ya sabéis que no vengo por la mercancía, sino por la que la vende.

Aurora contestó sonriendo:

—Lo sospecho.

Al barón le pareció que estaba menos tímida con él, menos desconfiada, que su voz era más simpática, su mirada más franca.

No se engañaba.

Ella había reflexionado.

Sin abandonarse á la confianza que él trataba de inspirarla, principiaba á interesarla la solicitud del barón para con ella.

Cuántas veces se había dicho:

—¡Sin embargo, si él dijera la verdad!

No se sentía inclinada hacia él.

Había entre ellos un hielo, que á pesar del mejor deseo del mundo, ella no conseguía fun-

dir, pero el cálculo del aventurero era justo.

¿Qué joven en su condicion no hubiera sido sensible á la declaracion de un hombre de la alta sociedad, rico en apariencia, guapo y elegante, que la decia á las primeras de cambio:

—¡Os ví y desde aquel dia pienso en vos. No me atreveré á decir que os amo; pero os aseguro que mi deseo más querido es ofreceros todo lo que poseo, mi nombre, mi fortuna, en una palabra, consagraros mi vida!

Ella no podia hacer más que una observacion á esta oferta tan espontánea del barón.

—¡Eso es demasiado!

No podia creer en una pasion ardiente.

Paris la había desilusionado, fatigado. Había hecho desaparecer su credulidad y su confianza, habia matado su fe.

Comprendía mejor al hermoso Raimundo de Caylus, que no la hablaba de matrimonio, y que la ofrecía sin rodeos la gran vida del lujo y de goces como prémio á su amor y su belleza.

De aquel no desconfiaba.

Desconfiaba del barón.

Saint-Aubin se puso de codos, sin cumplidos, sobre las pilas de periódicos.

—¿Y bien?—preguntó á Aurora;—¿habeis reflexionado?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que os dije hace dos dias.

—¿Es en serio?—preguntó Aurora suspirando ligeramente.

—¿Por qué no?

—Si os he de decir la verdad, no puedo creerlo.

—¿No confiais en mí?

—¡Oh! no.

—¿Con qué objeto podría yo engañaros?

—¡Qué se yo!

El barón sacó de su cartera la carta que había escrito momentos antes y entregándosela á Aurora, la dijo:

—Tomad: Hay cosas que no se pueden decir ó que se dicen mal, porque al pensar en ellas se apodera de uno una emoción tal, que turba la imaginación... ¡Es preciso escribirlas! Esto es lo que yo he hecho... ¿Me prometéis leer esta carta?

—¿Por qué no?

—Tomadla, pues... Vereis que no son palabras vanas lo que os he dicho. No se necesita más que un minuto, que un encuentro, una mirada, para cambiar el curso de una vida. La mía no tendría más que un objetivo: ¡Vos!

Aurora vacilaba y avanzaba tímidamente la mano hacia la carta que la ofrecía el barón.

Saint-Aubin la puso sobre el mostrador delante de ella diciendo:

—Os dejo. Quiero estar léjos mientras que meditais sobre mi súplica. ¡Esta sale de un corazón leal que es vuestro! Con una palabra decidireis de mi porvenir y del vuestro. Volveré á la caída de la tarde.

Esto fué dicho con un gran arte.

La voz del barón encontró por vez primera el camino del corazón de Aurora.

Hasta entonces no había pasado de sus oídos cuanto la había dicho.

Cuando se alejó, al volverse, pudo notar en la cara de la joven las huellas de una emoción que no era fingida como la suya.

Y antes de desaparecer vió que Aurora rom-

pió el sobre y sacaba de él el papel perfumado que contenía su falsa declaración.

Aurora leyó repetidas veces con cuidado aquella carta, que llegaba á sus manos en un momento de profunda desanimación.

El barón escribía:

«Señorita:

»He comprendido vuestros temores, vuestra desconfianza, el desaliento que ha debido apoderarse de vos en este París, en el que debierais vivir como reina, que es para lo que estais hecha, y no para vivir en él como esclava.

»¡Vivir como reina!

»Quisiera ofreceros los medios para ello.

»No los tengo.

»No quiero engañaros, como no quisiera engañarme á mí mismo.

»No poseo más que una modesta fortuna, suficiente para mí solo, insuficiente para una familia, aunque esa familia no se compusiese más que de dos personas: vos y yo.

»París tiene un gran defecto.

»¡Es caro!

»Enriquece á pocos, arruina á los que quieren llevar en él un tren superior á sus recursos.

»Podría vivir aquí con vos modestamente, siempre feliz, puesto que seriais la compañera de mi existencia, y que solo esta dicha vale á mis ojos, cien veces más que todas las demás.

»Nos quedaremos en él si lo deseáis.

»No es esto sin embargo lo que quiero proponeros.

»Aquí seríamos, si no pobres, al menos seríamos eclipsados por otros muchos y viviría-

mos en una situación inferior á la que quiero ofreceros.

»En provincias tendríamos castillo y todo lo que puede embellecer la existencia.

»Vos elegiréis el país que queráis habitar.

»Los hay encantadores.

»En la vida del campo, tranquilos, ricos puesto que tendríamos cuatro veces más que lo que gastásemos, podríamos hacer ahorros y preparar un buen porvenir para nuestra familia si Dios nos la dá.

»No os admiréis de esos proyectos, los he meditado mucho.

»Cuando os aparecistéis á mi por vez primera, como una buena hada, el hada de la juventun y del amor allá en Auvignac me ocurrió de pronto esa idea.

»Y desde entonces no me ha abandonado.

»Os debo una verdadera conversión y me digo que podéis ser para mi la salvación si queréis.

»Os he buscado en París preguntando á todos los ecos.

»El azar que nos ha aproximado el uno al otro; en el momento en que desesperaba de poder encontraros, no se ha producido en vano, creedlo.

»No me rechacéis.

»Mi felicidad está en vuestras manos.

»Os ofrezco un apellido honrado, un desahogo cierto.

»No tenéis más que decirme una palabra.

»Pensad que ella destruirá mis más queridas esperanzas ó que me hará el más feliz de los mortales.

»Si decís sí, no os quedará más que orde-

nar, elegir la vida que queráis que sigamos. fijar nuestro porvenir.

»Si rehusáis, me lanzaré á una vida de orgías, con el firme propósito de concluir lo antes posible con mi existencia.

»Elegid, pero pensando en que la felicidad se presenta pocas veces, y si se desperdicia la ocasión, no se suele volver á presentar.

»Yo creo haberla encontrado.

»Mi más ardiente deseo es retenerla.

»De vos depende.

»¡Os amo!

»BARÓN MÁXIMO SAINT-AUBIN.»

Aurora leyó esto con una verdadera sorpresa.

Decir que se dejaba vencer, que creyó en un amor verdadero, que se sentía emocionada hasta el fondo de lo que nuestros abuelos llamaban entrañas, por las protestas del barón, sería ir demasiado lejos.

Su desconfianza natural, el instinto de conservación sobrecitado desde su infancia por el sentimiento de aislamiento en que había vivido, y sobre todo la certeza en que estaba de que no debía contar más que consigo misma, la ponían en guardia.

Sin embargo, en su imaginación luchaban dos ideas.

Por una parte su razón la decía:

—¡Eso es demasiado!

Y por otro lado, la apremiante necesidad que tenía de un sostén, de una mano que la ayudase á salir de su miseria, objetaba:

—Ese amor súbito y extraordinario, sin du-

da... Ese desinterés, puede sorprender; ¿pero si fuese sincero?

Pasó la tarde en medio de estas incertidumbres y estas dudas.

Cuando llegó la noche, volvió el barón, como había prometido.

Aurora le acogió amistosamente. Su sonrisa era más dulce; había una especie de ternura en la mirada, que demostraba su agradecimiento.

—¿Y bien?—preguntó el barón.

Aurora no contestó más que con un suspiro.

—Ya sabéis que estoy impaciente—repuso él en tono suplicante.

—Tened paciencia; no puedo decidirme con tanta facilidad.

Esto no era una contestación. Sin embargo, pudo comprender que había hecho grandes progresos en aquella conquista en que tanto interés tenía.

Aurora se permitía con él un abandono que contrastaba con su reserva pasada.

Un esfuerzo más y sería suya.

Lo que acababa de saber hacía su triunfo más inevitable.

—¿Sabéis adónde he ido cuando me separé de vos?—le preguntó.

—No, ciertamente.

—A la calle de San Andrés de las Artes.

—¿A casa de quien?

—A casa de una enferma muy interseante y desgraciada.

—¿Que se llama?

—La señorita de Solmes, Elena para sus amigos.

Aurora se echó á temblar, se apoderaba de ella la desconfianza.

¿A qué había ido el barón á su casa?

A sorprender sus secretos no, porque no los tenía, sino á asegurarse de la miseria que hacía toda resistencia imposible.

Sin embargo, se repuso.

—¡Los amigos de Elena!—dijo.—La pobre no tiene muchos... y en eso se parece á mi.

—Dispensadme, tiene por lo menos dos; vos y yo,—repuso el barón.

Y añadió.

—He pasado á su lado dos horas deliciosas. Hemos hablado de vos. Esto era para mí una necesidad, puesto que no podía estar aquí y veros!

Entonces entró en algunos detalles.

Con un arte infinito contó á Aurora lo agradecida que la estaba Elena, su admiración por el valor conque soportaba tantas adversidades, por su energía tan grande y que concluiría sin embargo por gastar en una lucha desigual.

—Yo había adivinado todo desde el primer día,—dijo.—Sois un tesoro y no quiero que otro lo posea. No os pido que me améis, solo os pido que accedais á mi ruego... El amor vendrá más tarde; estoy seguro.

Se deshizo en protestas y en promesas que la gran hermosura de Aurora le inspiraba.

A su lado se sentía elocuente.

El cebo de los millones le excitaba, y como un general en el momento decisivo de un combate, lanzaba á la pelea sus últimas reservas.

Habló largo tiempo con calor y casi con sinceridad, seducido por un encanto al que no podía permanecer insensible.

En la puerta de la tienda del señor Ravier hablaba éste con uno de sus clientes.

Al parecer se ocupaban del barón y de Aurora.

Esta lo notó y dijo á Saint-Aubin.

—Mar-háos, os lo ruego. Ya veis se ocupan de nosotros.

En aquel momento salía la criada del tabernero con una cesta al brazo.

Se dirigió hacia el kiosko y dijo á Aurora:

—Voy á la calle del Bac, llegaré hasta el muelle, ¿necesitais algo, señorita?

—No; gracias.

—¿Vos sabéis?... en casa se ocupan de vos y dicen tonterías, pero es porque no os conocen.

Y siguió su marcha á buen paso.

—¡Bah!—exclamó Saint-Aubin—¡qué os importa lo que digan y lo que piensan! Antes de ocho días espero que estéis lejos de aquí. ¿Qué decidís? Decid... Os lo suplico.

Aurora hizo un gesto de irresolución.

—Estoy seguro de vuestro consentimiento, porque comprenderéis hasta qué punto es profundo y desinteresado mi amor. Vos no queréis hacer mi desgracia, y tal vez la vuestra. Decid sí, y me marcho hasta mañana. Dadme el derecho de dirigiros y de sosteneros.

La miraba con ternura.

Aurora suspiró.

—¿Queréis?—preguntó el barón conmovido.

—¡Oh!—esclamó Aurora con viveza;—todavía no; pero...

—¿Pero qué?

Aurora repitió lo que había dicho á Bernardo Chavarux en el parque de Auvignac; pero

on más sinceridad, porque estaba realmente indecisa.

—Dadme un poco de tiempo... Dejadme volver á leer vuestra carta... Reflexionar.

¿Será largo?

Aurora sonrió melancólicamente y dijo:

—No.

—¿Cuánto tiempo?

—Uno ó dos días. ¿Es demasiado?

Hay pequeñas causas que producen grandes efectos.

La sonrisa que asomó á los labios de la joven decidió la suerte del barón.

Vió en ella un consentimiento tácito á su petición.

Además, su confianza estaba fundada.

¿Podía la pobre rehusar la salvación que se le presentaba bajo aquella forma?

Ella misma lo confesó.

—Puesto que habéis ido á ver á mi amiga—dijo tristemente,—sabéis que debo tomar una resolución... ¡Somos tan desgraciadas!... ¡Hasta otro rato!

Solo un amor podría defenderla, y todo le faltaba á la vez.

El barón era de esos que agradan á las mujeres y las dominan.

Después de aquella contestación, no dudó de su éxito.

La tendió la mano.

Aurora le dió la suya con mucha gracia, y

—Hasta otro rato—repitió él lanzando un suspiro.

Se alejó, no sin volverse varias veces y saludarla con la mano.

Llegaba la noche.

Empezaban á encender los faroles.

Aurora vió que el barón montaba en un simón y desapareció en dirección de la calle de Solferino.

Ella permaneció agitada, pensativa, con la carta en la mano.

Ya se la sabía casi de memoria.

Era la hora de los periódicos de la noche.

Iban llegando uno tras de otro; pero ella se ocupaba de ellos con indiferencia.

Después de todo, ¿para qué había de interesarse en aquel oficio que tenía que dejar muy pronto?

La señora Simonet había escrito la víspera. Volvería pronto á París, y como era natural, volvería á ocuparse de su kiosko.

¿Y entonces, qué hacer?

¿Qué iba á ser de ellas?

Estas preguntas que tantas veces se había hecho Aurora, desde hacía un año, se presentaban de nuevo ante ella más apremiantes y más difíciles de resolver.

Antes tenía confianza.

Aquella confianza había desaparecido.

Los compradores iban llegando en busca del periódico.

—*La Libertad*, pedía el uno,

—*El Tiempo*, pedía el otro.

—Tened, caballero,—contestaba Aurora entregándoles el periódico que habían pedido.

Algunos parroquianos la decían con interés.

—¿Qué aire tan triste teneis esta noche!

—¡Oh!

—¿Habéis tenido algún disgusto?

Ella, antes tan agradable, tan complaciente,

no contestaba más que por monosílabos ó frases insignificantes:

—Sí... Tal vez... ¿Qué quereis?... ¡No estoy alegre!

Otros, juvenes ó viejos, amables y cariñosos, porque hay buenas gentes, tranquilos y bondadosos, la decían para animarla:

—¡A vuestra edad!

—¿Con esa cara?

—¡Vamos! Eso pasará. La primavera viene después del invierno.

Ella seguía sin embargo triste.

Las simpatías de que se veía rodeada la hacían bien, la devolvían un poco de fuerza, pero ninguna situación había sido tan crítica como aquella.

A pesar de los prodigios de economía de la vieja Mónica, el bolsillo estaba vacío; no había más dinero en la casa que el poco que ella llevaba todas las noches.

¡Y el alquiler que vencía dentro de pocos días!

¡Y era preciso pagar los sesenta francos que debían á la nodriza del hijo de Elena!

¡Y el modesto equipo de las dos amigas estaba en un estado lamentable!

No había medio de renovarle.

Aurora miró su vestido negro, muy usado, que no conservaba más que cierta apariencia de limpieza, gracias á los prodigiosos cuidados que de él tenía, su toquilla desfilachada, su abrigo que no hubiera querido una cocinera de buena casa, y se avergonzaba.

¡Aquello no era más que el comienzo de la verdadera miseria!

Todavía tenía algunos pobres efectos, una

cama, sus muebles indispensables, un techo para cobijarse.

¡Pero dentro de algunos días!

Y no era en ella en quien más pensaba.

Era en su amiga, que estaba enferma y tendría que ir á un hospital.

Esta idea la hacía temblar.

Pensaba con amargura en la casa tan triste, sin embargo, de la Sauvetiere y en su hermosa habitación de Aubignac, desde donde se descubría tan hermoso horizonte, parterres floridos y la majestuosa silueta del viejo castillo, cerca del que había vivido tanto tiempo.

Acabó sus preparativos, hizo sus cuentas, apiló los periódicos en el fondo del kiosko, puso las correderas, cerró con llave y se la echó al bolsillo.

Iba á emprender la marcha cuando un ordenanza de telégrafos se presentó y la dijo:

—¿La señorita Milton?

—Soy yo.

—Un despacho para vos.

—¡Gracias!

Abrió el telegrama con mano febril y leyó lo siguiente:

«Me despido de Niza. Mañana estaré en París, que hubiera querido no abandonar. Vos sabéis por qué. Hasta muy pronto.»

No tenía firma.

¿Pero podía ella engañarse?

El amigo que pensaba en ella era aquel en quien ella pensaba; el hombre que se había apoderado de su alma, el marqués Raimundo de Caylus, su ideal y su sueño.

II

En la oscuridad.

El barón, al separarse de Aurora, no dudaba ya del éxito de su plan.

Sabía que la pobre joven no estaba en estado de poder resistir la tentación que la salía al encuentro en el momento en que luchaba con la miseria.

Engañada por la falsa bondad del barón, por sus discretas protestas de interés, por su aparente generosidad, Elena le había hecho un lamentable cuadro de su situación.

El se había adquirido en un momento de conversación un aliado en la plaza.

Al afirmar á la señorita de Solmes que estaba resuelto á todo para asegurar la dicha de su amiga, llegando hasta el matrimonio, la había conquistado.

Además, la manera con que la misma Aurora le acogió, no podía menos de convencerle que tocaba á su fin.

No tenía, pues, ante él más que un obstáculo, Bernardo Chavarux.

La imprudente insolencia con que el pasante le había impuesto sus condiciones, le tenían enfurecido.

Tenía los treinta mil francos que antes de las cuarenta y ocho horas debía entregar al hijo de Claudia.

Pero, decididamente, era demasiada exigencia.

¡Treinta mil francos!

Los tenía, gracias á la suerte loca que había